



NUM. 27.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 7 DE JULIO DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



Reproducido por toda la prensa de Europa el despacho enviado á Viena por el representante de Austria en los Estados-Unidos, en que participaba con referencia á noticia de los agentes de éstos en Méjico, que el emperador Maximiliano habia sido fusilado en la capital el día 19 de junio á las siete

de la mañana, dudábase aun de la veracidad de tan grave suceso; pero la declaracion del señor ministro de Hacienda hecha en el Congreso de Diputados, á consecuencia de una pregunta del señor Moyano sobre el mismo asunto, y comunicaciones telegráficas posteriores, salvo una de origen menos acreditado, confirman la certeza del hecho; así como tambien la de que los vencedores habian determinado embarcar los prisioneros austriacos. Los generales capturados por los juaristas con el emperador, fueron: Miramon, Mejía, Castillo, Casandrá, Herrera, Losada, Mogano, Reis, Maret, Monteverde, Calvo, Valdés, Esobel y Ramirez, juntamente con diez y ocho coroneles, quince tenientes coroneles, diez y seis capitanes, treinta y seis mayores y trescientos treinta y ocho oficiales subalternos. Tal es el trágico desenlace que por ahora ha tenido el espectáculo que Méjico está dando al mundo hace algunos años.

Limitándonos tambien á consignar un hecho, debemos decir que la Cámara de representantes del Perú ha aprobado en una de sus últimas sesiones, por gran mayoría el siguiente proyecto de ley:

«Artículo 1.º El poder ejecutivo continuará la guerra al gobierno español, mientras el Congreso no dicte una resolucion distinta.

Art. 2.º El poder ejecutivo no podrá iniciar por su

parte negociaciones que tiendan á hacer cesar ó suspender el estado de guerra, ni firmar tratados ó preliminares de tratados, sin las instrucciones del poder legislativo.

Art. 3.º Queda derogada la ley de 9 de setiembre de 1864 y todas las demás de la república, en cuanto á la presente se opongan.»

Las ceremonias del Centenar de San Pedro y de la canonizacion de los mártires, se han verificado en Roma con gran solemnidad, asistiendo á ellas cuarenta y cinco cardenales, cuatrocientos veinte obispos y mas de cien mil extranjeros. En la relacion de mártires publicada, vemos que figuran varios españoles. El proceso dió principio en 1627, y despues de los trámites indispensables, por fin Pio IX, declaró el 26 de febrero último, en el gran salon del Colegio Romano, á presencia de una multitud de personas, que podia procederse á la beatificacion: *ita constare de martyrio ex parte passorum ut in casu, de quo agitur, procedi possit ad beatificationem.*

Igualmente se ha celebrado en Roma con gran pompa la procesion del *Corpus*, viéndose en ella unos cuatrocientos obispos y sacerdotes de todas las naciones. El número de éstos recibido el día 25 por el Papa en el Vaticano, donde pronunció en latin una alocucion relativa á los deberes de los eclesiásticos en nuestros dias, no bajaria de seis mil, segun noticias. En el consistorio público del 26, manifestó deseos de convocar tan pronto como se presente ocasion, un Concilio ecuménico, para reparar, —dijo— los males que afligen á la Iglesia, indicando los remedios oportunos y necesarios. Por último, se añade que el Papa iba á conceder, con motivo de la fiesta del Centenar, una amnistía completa á los penados por delitos políticos.

Refiérense que en un banquete diplomático dado poco há en París, por el representante de uno de los Estados secundarios de Alemania, el embajador de Prusia, brindó, copa en mano, por el rey Guillermo, comparándolo con el sol, cuyos rayos oscurecen ó roban el brillo á todos los cuerpos del firmamento. A esta metáfora, que recuerda el lenguaje de aquel humilde cortesano de Luis XIV, que interrogado un dia sobre la hora que era, contestó: «la que V. M. guste,» respondió el embajador francés: «Yo brindo por mi soberano que, como Josué, ha detenido al sol, sin ocuparse de la luna.» ¡Y todavia se dirá que los meridionales somos amigos de exagerar!

El sultan sigue siendo objeto de las mayores defereencias por parte de Francia y de Inglaterra, que parece se disputan la gloria y la suntuosidad de los obsequios en honor de su huésped. En París, por ejemplo, fuera del emperador de Rusia, á quien se ha distinguido particularmente, los hechos á los demás soberanos que han visitado aquella capital, no pasan de lo ordinario; los que se tributan al emperador otomano, son muchos mas espléndidos; y en cuanto á Inglaterra, se asegura que la gran revista naval que á su llegada ha de verificarse en Spithead, será un verdadero acontecimiento histórico. No puede negarse que el sultan es un novio afortunado, pues se ve perseguido, nada menos, que por dos de las mas poderosas naciones.

En el Circo ecuestre de la Emperatriz, en París, trabaja una amazona que aparece siempre con el rostro cubierto con una máscara. Esto ha despertado altamente la curiosidad del público parisiense, que hasta ahora no ha podido despojar la incógnita. Quién supone que es, cuando menos, una princesa destronada; quién la segunda esposa de un célebre caudillo popular italiano; quién, por último, una hermosa jóven perteneciente á una opulenta familia aristocrática del vecino imperio, que ha hecho una escapatoria del hogar doméstico, impulsada por su irresistible amor al arte hípico: nosotros creemos que todo el misterio se reduce á una simple engañifa de la empresa que, sorprendida por la suprema habilidad de la amazona que nos ocupa en los ejercicios ecuestres, no menos que de su fealdad inverosímil, ha querido especular con aquella circunstancia, rodeándola de la poesía que falta al rostro de la amazona y que tan perfectamente suple el antifaz que lo vela.

De una estadística recientemente publicada, resulta que en 1861 habia en la península é islas adyacentes 97 plazas de toros, con 482,801 localidades dándose en dicho año 398 funciones.—En 1866 se aumentó en 4 el número de las plazas, en 70 el de funciones y en 1,000 el de localidades, proximamente. Las únicas provincias que carecen de plazas de toros son las de Canarias, Leon, Lérida, Orense, Coruña, Pontevedra y Lugo; enviámosles nuestra mas sincera felicitacion, por no haber tenido el mal gusto de progresar hácia atrás; no podemos hacer otro tanto con las tres últimas, respecto de cierta cuestion que afecta desfavorablemente á su moralidad. Dichas provin-

cias han sido aquellas donde, durante el año 66, hubo mas hijos ilegítimos con relacion á los legítimos, pues resultó uno de los segundos por cada seis de los primeros. El término medio de hijos ilegítimos en España fue de 1 por 23. La diferencia, como se ve, da lugar á las mas tristes reflexiones.

A los anuncios conocidos de la mala cosecha que se espera en varios puntos de España, hay que añadir el de la langosta y los gusanillos que en otros, como en las provincias de Leon y Valencia, se ha desarrollado, haciendo grandes estragos. Eramos pocos, y parió la abuela.

Las cenizas del general Alvarez de Castro, que actualmente conserva Gerona en un pobre panteon, se dice que van á ser depositadas en un magnífico monumento digno de contener los restos humanos de aquel héroe, uno de los mas esclarecidos de la guerra de la Independencia.

El Prado y los Campos Eliseos comienzan á poblarse por las noches, ofreciendo á los madrileños que no quieren ó no pueden abandonar la Corte, el solaz y desahogo que tan gratos son, cuando el termómetro principia á subir mas de lo que consiente la resistencia de los débiles, ó no débiles, mortales.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL ARROZ.—ALCIRA.

(CONTINUACION.)

Pasemos ahora á examinar el sistema de cultivo que siguen los cosecheros.

Parece que el arroz debiera cosecharse en el mismo terreno en que se siembra, como se hace con todas las demás plantas farináceas. Nada de eso: el arroz se siembra en la huerta y se trasplanta en la marjal, que es donde fructifica: si se cosechase en el mismo terreno, los gastos serian menores y el precio mas bajo. Al principio así se verificaba, y no hace aun muchos años que en Sueca, Cullera y demás pueblos inmediatos á la Albufera, se sembraba la mayor parte del terreno; pero como la esperiencia les haya demostrado que el trasplante produce al menos una tercera parte mas que el sembrado, todos se han decidido por la trasplante. Esta ventaja se concibe fácilmente.

El arroz se siembra sobre el agua, y necesita lo menos veinte y cuatro horas para caer al fondo. Durante este tiempo, el viento lo arroja á una parte y á otra, de modo, que al caer en el fondo, se amontona en unas partes, mientras que otras quedan sin grano. En donde hay mucha, su espesura impide que la planta se desarrolle y dé abundante y sazonado fruto, al paso que en otras partes no se ve una sola planta. Trasplantándolo nada de eso sucede, pues las plantas guardan una distancia tal, que todas tienen el suficiente espacio para desarrollarse vigorosamente, que es lo que en el país llaman *guaiwir*. Pero sucede, que como el labrador no conoce mas que los efectos y no las causas, cree que este aumento que da la trasplante, consiste en que el *plantel* se haga con tales ó cuales condiciones; esto es un error que conviene destruir, pues los conduce á hacer un gasto enorme y perder las cosechas de una de sus mejores piezas de tierra.

El *plantel* se siembra, como he dicho, en uno de los mejores campos de la huerta, y como creen que de las buenas condiciones con que se hace depende la buena ó mala cosecha, preparan esta tierra: 1.º dejándola en reposo, es decir, perdiendo una cosecha; 2.º beneficiándola cuanto les es posible, antes con buen estiércol, que ellos mismos hacian en sus establos, ahora con el maldito guano, que mas que beneficio les causa perjuicio; 3.º aumentando el estercolado, sembrando una especie de habas muy pequeñas, cuyas plantas cortan en cuatro partes con una especie de espada de hierro, que luego mezclan en la tierra por medio del arado, lo cual es el mejor estiércol que pueden emplear. Ved cómo se hacen estas operaciones.

Algunos principian en el mes de diciembre, labrando la tierra, para que reciba mejor el abono; pero la mayor parte lo hacen por enero, echando el estiércol la víspera de labrar la tierra; de este modo el abono penetra mas y produce muy buen efecto. Labrada la tierra con este primer abono, siembran las habas, y cuando esta planta llega al estado de florecer, la cortan, como queda dicho; la dejan sobre la tierra para que se marchite, luego le echan el agua para que se pudra, y cuando esto sucede vuelven á labrarla para que todo se mezcle en la tierra. Algunos le dan á la tierra otra reja, como dicen en el país; pero luego que la labran dos, tres ó mas veces, la operacion concluye con *entablar*, es decir, pasar una tabla de madera de unos 2 metros, poco mas, de larga, sobre 25 ó 30 centímetros de ancha, por encima de la tierra; de este modo la nivelan y la dejan sin terrones, y á fin de que la tabla pueda desmenuzar los terrones, los la-

bradores se ponen encima para que tenga mas peso, y arrastrada por uno ó dos caballos se pasean por toda la pieza de tierra una ó dos veces: así la dejan hueca y bien nivelada. Cuando la tierra está bien preparada y llega la época de la siembra, la echan agua dos ó tres días antes, á fin de que esté bien empapada para recibir el grano.

Si el día que se siembra el grano hace viento, se exponen á que su germinacion sea mala, pues al grano, á pesar de prepararlo previamente poniéndolo en agua dos ó tres días antes de sembrarlo, le cuesta algun tiempo el llegar al fondo sobre la tierra; por esto el viento, llevándolo de una parte á otra por encima del agua, hace que aquí salga muy espeso, mientras que en otro lado apenas se ve algun tallo: tal es el peligro del sembrado, así en la huerta como en la marjal.

Cuando el *plantel* llega á unos veinte centímetros de altura, lo que sucede á principios de junio, ya se puede arrancar para trasplantarlo á la marjal. Si esta operacion se tuviese que hacer valiéndose de las gentes del país, seria imposible llevarla á cabo, pues en esta época el calor pasa de 25 grados, por lo que si las plantas estuviesen mas de veinte y cuatro horas fuera del agua y de la tierra, se les secarian las raices y se perderian; así es preciso, que al paso que se arranca, se acarree á la marjal, de la que la mas próxima estará á una hora de distancia, y se planta, si puede ser, en el mismo día, y si no, al siguiente.

Para esta época de trabajos todos los hombres hábiles de la marina de Alicante, desde Oliva hasta Villajoyosa, pasan á la Ribera, y se emplean en la plantacion y la siega. Cálculase en unos veinte mil los que se ocupan en la plantacion.

Las tierras de la marjal se preparan del modo siguiente: estas tierras quedan en seco á los pocos días de quitarles el agua despues de la siega; y como antes de que el arroz florezca les echan cal para matar las yerbas acuáticas que crecen en ellas, al secarse quedan tan duras como el mortero seco: solo tienen la ventaja de no endurecerse de este modo mas que en la superficie, lo cual permite que la reja del arado pueda penetrar mas abajo; y el cortarlas ó romperlas, se hace con el cortante que se coloca encima de dicha reja. A pesar de esto, hombres y animales tienen que emplear todas sus fuerzas para romper la tierra. Los hombres se envuelven las piernas con pedazos de fieltro, á fin de evitar las cortaduras que sin duda se harian si las llevasen desnudas; y en cuanto á las caballerías, he visto detenerse en medio del surco á un excelente par de mulas. En tal estado se encuentran las tierras en el mes de abril y mayo. ¡Y dirá el señor O. que son pantanosas!

Practicada esta primera operacion, con la cual arrancan, al paso que rompen la tierra, las raices que, con las medias cañas de las plantas dejan al segar el arroz, y que están ya medio podridas y mezcladas con la tierra, se acaban de podrir, haciendo, como las habas, un excelente abono: para adelantar la fermentacion de esta paja y deshacer los terrones duros que quedan en la tierra, le echan el agua; y cuando se halla en sazon, es decir, en estado de que pueda correr el arado libremente por ella, la vuelven á labrar: ya en esta segunda reja entablan, á fin de triturar los terrones. Poco tiempo antes de la plantacion le dan la última reja, y el que puede un segundo abono, concluyendo esta preparacion con entablar y nivelar el terreno.

Seis ó ocho días antes de la plantacion echan el agua, para que la tierra esté bastante fangosa y se puedan introducir en ella las plantas.

Examinemos ahora los incidentes propios de la estacion.

En esta época ya principian las tempestades, tan comunes en aquel país; y sucede, que si por desgracia cae uno de esos aguaceros que todo lo arrastran, en una hora se pierde, no solamente el trabajo hecho, si que tambien las plantas, que la corriente de las aguas lleva al Júcar ó á la Albufera. Otro incidente, que, aunque menos perjudicial que el de las tempestades, es, sin embargo, muy temible, es el viento.

La planta tarda tres días en arraigar; cuando hay tempestades, los tres días son de peligro; cuando hay vientos, sólo el primero: pero si en el segundo arrecia aun el temporal, causa el mismo daño, que es, arrancar las plantas amontonándolas en un rincon; de modo, que hay que volver á replantarlas.

Cuando la planta llega á su completo desarrollo, quitan el agua á la tierra y le echan cal pulverizada para matar las yerbas que nacen entre el arroz, sin que por ello sufra la planta. A los dos ó tres días vuelven á echar el agua, y quince días mas tarde florece aquella. Este es el estado mas crítico para la cosecha: si hallándose el arroz en flor las noches son apacibles, serenas y sin vientos, si cae un copioso rocío, será buena, abundante y de excelente calidad.

Para la siega le quitan el agua, cortando la caña como un palmo mas abajo de la espiga. La trilla se hace como la del trigo.

Tantos desembolsos como hace el labrador lo arruinan en dos años de mala cosecha; y si con buenas cosechas se sostiene, es por el precio á que vende el arroz. Por eso teme que traigan á España arroz es-

tranjero, pues le seria imposible poder sostener el precio de ahora, que es lo único que le salva.

Y si su introduccion se permitiese, y lo que dice el señor O. fuese verdad, ciertamente los que tienen empleados sus capitales en tierras arroceras se arruinarían sin remedio. Pero dichosamente no es así; las operaciones mismas de su cultivo manifiestan patentemente que no todas las tierras son pantanosas, y que las que lo son accidentalmente pueden servir para cosechar otras plantas de bastante valor.

Al señor O. que pregunta, ¿qué haríamos de estas tierras en que se cosecha el arroz? se le puede contestar con esta otra pregunta: ¿qué hacian en el siglo pasado, cuando aun no se les habia permitido el cultivo de dicha planta? Hacian lo que hacen ahora en las tierras de regadío, puesto que tambien lo eran, y de las mejores.

Y los imparciales dirán entonces; ¿por qué ese empeño de los cultivadores en querer convertir todo el terreno de regadío en marjales? Porque, desgraciadamente, el labrador no conoce lo que es economía agrícola; para él la palabra *economía*, es sinónima de *privacion*. Cree que la cosecha se hace en dos meses, porque se considera que principia cuando se trasplanta, y no cuenta los preparativos para siembra del grano, ni la pérdida de la tierra en donde la hace. Así es, que cuando la cosecha es buena y llena sus graneros, todo lo olvida, y contento y entusiasmado al frente de los montones de arroz, convertiría, en aquel momento, en marjal hasta su *estudio* (asi llama á la pieza en donde duerme). Olvida que el producto de la seda y demás cosechas se ha consumido en la del arroz, olvida los empréstitos, olvida las caballerías tomadas á crédito con un 50 por 100 de aumento, olvida las contribuciones, el equiage (contribucion de aguas), la limpieza de los escurridizos y diques, etc., y sólo ve arroz por todos lados.

Pero llegan los pagos... y á los tres meses el arroz va desapareciendo; y si hace frente á todo, es por el precio á que lo vende.

No se crea por lo dicho que en el reino de Valencia no se puede cosechar el arroz y venderlo mas barato: al contrario, yo estoy bien persuadido, de que aun cosechándolo, como ahora, en terreno pantanoso y de regadío, se podría dar mas barato disminuyendo los gastos de su cultivo.

Voy á manifestar mi opinion.

Cree el labrador que la buena ó mala calidad del arroz, depende del modo como se hace la siembra y de la bondad del *plantel*. Esto es un error. ¿No hemos visto muchas plantas nacidas, por casualidad, en un terreno contrario á su especie, crecer raquíticas y de pobre vida, y, trasplantadas á mejor terreno, desarrollarse con una lozanía increíble al verla en su primer estado? ¿No vemos tambien sufrir las plantas cuando estas se encuentran demasiado espesas, faltas de aire y de la influencia atmosférica? pues eso es justamente lo que sucede con el arroz; el ser mejor, mas abundante é igual el grano trasplantado, no consiste en que el *plantel* se haga en tales ó cuales condiciones, ni en tal ó cual terreno; consiste, sí, en que la plantacion se hace dejando igual y proporcionada distancia á las plantas, para que se desarrollen todas igualmente con el vigor y lozanía propios de su especie, lo cual es imposible obtener por el sistema del sembrado. Por lo tanto, que el *plantel* se haga en la huerta ó en la marjal, en nada influye para que prospere mas ó menos en la trasplante.

Si la siembra para el *plantel* se hiciese en las tierras altas de la marjal, se economizarían: 1.º la tierra de la huerta, cuya cosecha se pierde, y en la que podrían sembrar trigo de que tanto carecen; 2.º el abono que allí ponen con tanta abundancia; 3.º los gastos de acarreo; 4.º el tiempo que ahora se pierde, y lo que padece la planta desde que se arranca hasta que se trasplanta.

Esta operacion, ó nuevo sistema, en nada disminuye las tierras arroceras, pues hasta la misma pieza en que se siembra el *plantel* puede ser trasplantada.

Otra proposicion económica.

El ganado es una gran riqueza agrícola, y en aquel país carecen de él, porque no hay pastos. El ganado da carne, lana, leche, crias y buen estiércol, y si es vacuno sirve para el trabajo. Ahora, si durante los ocho meses que la marjal está vacía se sembrasen prados artificiales, ¿no podría tener cada uno su ganadito, con el que, sin duda alguna, aumentaría su producto? Tal vez digan que esto seria perjudicial para la cosecha del arroz, á causa del retoño de las yerbas y del esquilmo de las tierras. En cuanto á lo primero, podrá ser; pero en cuanto á lo segundo, no hay que temer, porque así como las habas y el barbecho sirven ahora de abono, tambien servirían los residuos de aquellas yerbas; á mas, el estiércol del ganado repondría las tierras ventajosamente.

Como la agricultura no se ha estudiado nunca en su parte económica, por eso las innovaciones, ó son rechazadas ó tenazmente disputadas.

No hace muchos años se formó una sociedad con objeto de secar la Albufera, y poner en cultivo el fondo de aquel lago. Los valencianos se opusieron, y hasta ahora nada se ha decidido que pruebe la razon

de unos y de otros. Sin embargo, esta cuestión es interesantísima: la agricultura en aquella provincia podría aumentar sus productos en un doble de lo que ahora produce. Aquel lago podría dejar miles de hanegadas de tierra muy buena para el cultivo del arroz, lo cual daría un aumento incalculable á esta producción, sin contar lo que ganaría la salud de los habitantes de los pueblos inmediatos á aquellas pestilentes aguas; pues la Albufera es el receptáculo de todas las que bajan de las marjales, aguas medio corrompidas, porque todas arrastran las partículas deletéreas del estercolado de los arroces. Se perdería la diversion de la caza, y qué importa eso, comparado con la vida y bienestar de las personas? De la pesca, que en otro tiempo era un gran recurso para los pobres, no hay que hablar, pues desde que echan guano, el pescado ha disminuido, y el que se coge nadie lo quiere, pues dicen que está envenenado. Lo cierto es, que ha perdido la firmeza de su carne y hasta el color. Las anguilas, tan estimadas en el mercado de Valencia, son despreciadas ahora; de modo, que la pesca se puede contar como perdida.

¿Sería, pues, ventajoso poner en cultivo el inmenso terreno que dejaría la Albufera?

Este aumento en el cultivo del arroz podría dar lugar á introducir otro desconocido hasta ahora, y que yo creo podría hacerse ventajosamente en esas tierras de regadío que los labradores han convertido en marjales: este es el algodón.

Los franceses hacen los mayores esfuerzos para establecer un mercado propio de algodón y librarse de Inglaterra y los Estados-Unidos, que son los que monopolizan actualmente ese género. Turquía hace ya una gran cosecha, y la Argelia principia también á cultivar dicha planta con buen éxito. ¿Por qué Valencia y Murcia, que se encuentran en iguales condiciones que Turquía y la Argelia, no ensayan ese cultivo? ¿Cuánta riqueza no traería á España el tener el algodón dentro de casa! ¿Cómo fomentaría esto la industria catalana, la cual podría luchar ventajosamente con la inglesa y la francesa!

Estas cuestiones, en las que nadie ha pensado, que yo sepa, son dignas de ser estudiadas por nuestros agricultores y sabios economistas.

(Se continuará.)

MANUEL CLIMENT.

CONSIDERACIONES

ACERCA DEL ORIGEN DEL LENGUAJE.

Tres grandes hechos sobresalen en toda la ciencia tomada en su mayor generalidad: estos tres hechos son la creación y sus faces sucesivas, el diluvio histórico universal, y la dispersión de los pueblos, consecuencia, según el historiador sagrado, de un suceso que modificó el lenguaje, hasta entonces uniforme en la familia humana. El lenguaje, como se desprende del texto de las Sagradas Letras, y en sentir también de muchos filósofos, fue revelado por Dios al hombre. Esta es una tesis que todos los pueblos de la antigüedad admitieron sin el menor esfuerzo, ó á lo menos que nadie trató de investigar, siquier no fuese mas que someramente, cuando el genio creador de la ciencia empezaba á remontar su vuelo por toda la creación, no solo analizando los mares y los astros, los aires y las montañas, y en una palabra, todo cuanto aparece mas ó menos visiblemente sobre la gran escena del globo, sino hasta introduciéndose en el seno de la tierra, ya para sacar á la luz del sol sus inmensos tesoros, ó ya para hacer profundos estudios que viniesen á corroborar importantísimas verdades.

De estos estudios progresivos fueron brotando, por decirlo así, sirviéndoles la filosofía como de escalabel, la astronomía, la química, la geología, la medicina, y en una palabra, la mayor parte de las ciencias que son hoy orgullo del hombre.

El hombre, empero, que siguiendo siempre los impulsos de su admirable naturaleza, todo lo estudia, todo lo analiza, dejó pasar miles y miles de años sin estudiar y sin analizar una de las mayores misteriosas facultades que posee: el lenguaje. La palabra, sin la cual no se concibe ciencia alguna, puesto que ni aun se concibe sociedad, pasó casi desapercibida para los primitivos filósofos; ¡la palabra! y diremos con un historiador moderno, de la cual proceden todo el perfeccionamiento del hombre y todos los tesoros de la tradición; ¡la palabra! que une lo pasado á lo presente, y lo inmediato á lo mas remoto; ¡la palabra! simbolizada en la lira que funda las ciudades, y en los semidioses que dictan las leyes; ¡la palabra! intérprete de las generaciones extinguidas, base de la dignidad del hombre y de sus altos destinos, supuesto que necesariamente se comprenden en ella la conciencia y el entendimiento, sirviendo no sólo para comunicar las ideas, sino también para el amor, la reconciliación, el mando, la justicia, y aun para la misma creación.

Sin embargo, aunque tarde, vino un tiempo en que á la palabra le llegó también su vez, sirviendo ella por sí sola en toda su extensión para formar una

ciencia nueva, ciencia que á pesar de los muchos sabios que la han dado la mano, todavía puede decirse que se halla en la infancia. Ya se comprenderá que aludimos á la *Etnografía*.

Como principio ó preliminar de esta ciencia, cuyo objeto es el estudio comparativo de todas las lenguas conocidas, á mas de la investigación del idioma primitivo, se considera como muy principal y necesaria, y lo es en efecto, una cuestión importantísima: la del origen del lenguaje; si éste fue comunicado al hombre por revelación divina, ó si por el contrario, es pura invención humana. Sobre esta cuestión trascendental é importante en extremo, vamos á ocuparnos en el presente artículo, examinándola dentro del terreno de la lógica. Así nos lo exigen el asunto y la mayor parte de los filósofos que de él se han ocupado.

Crean algunos, que el hombre, sin haber oído antes hablar, no hubiera hablado nunca; luego si el primer hombre habló, fué porque Dios le habló á él antes. «Si el hombre, dicen, nunca hubiera oído hablar, se hubiera quedado sin el uso de la palabra, como todos los días lo están demostrando los sordo-mudos, los cuales, si andando el tiempo aprenden un lenguaje de signos, es porque viven en una sociedad educada por el idioma. Las distinciones lógicas, las gradaciones de los tiempos, de los modos y de las personas, ¿cómo era posible que hubiesen sido inventadas por el hombre, supuesta la ignorancia de sus primeros días? ¿Cómo era posible, para decirlo de una vez, que el hombre hubiese podido inventar el maravilloso arteificio del lenguaje? Centenares de siglos hace que aullan los animales, y sin embargo, en nada se parecen al lenguaje humano sus inarticulados sonidos.»

En primer lugar, nosotros creemos que los que así se explican caen en una triste contradicción. Ellos mismos son los primeros en sentar y defender que Dios crió al hombre en un estado completo de perfección, puesto que le crió á su imagen y semejanza, y sin embargo niegan que el hombre pudiese hablar sin oír antes hablar á su Creador. Pues entonces ¿de qué servían al hombre todas sus facultades intelectuales unidas al don de la palabra ó facultad de hablar? Porque la cuestión es ésta: tanto los partidarios de la revelación como los que la combaten, admiten como inconcuso que Dios concedió al hombre la facultad de hablar, y esto no tienen mas remedio que admitirlo, porque de otro modo entonces sí que no habría hablado nunca. Luego en lo que no convienen es en la manera cómo habló, pues como ya hemos visto, uno dicen que fue enseñado por Dios, y otros sostienen que el hombre no tuvo lenguaje articulado en mucho tiempo, y si sólo lenguaje natural, que es el que constituyen los gritos, los gestos, etc.

Analícemos estas diferentes doctrinas.

Si unos y otros admiten la facultad de hablar como inherente á la inteligencia del hombre, ¿cómo los unos dicen que hace millares de años aullan los animales, y que sin embargo no han llegado á componer un lenguaje? La razón es bien sencilla: no lo han compuesto, ni lo compondrán nunca, porque son irracionales, porque no les ha sido concedido el don de la palabra. ¿Cómo el hombre, preguntariamos nosotros á nuestra vez, á pesar de estar dotado de esa inteligencia que le ha hecho creerse el rey de la creación, no se remonta como el águila y traspasa las mas elevadas nubes? ¿Cómo no imita con toda su ciencia y su saber esos dulcísimo gorgoros que oye en el bosque exhalados por un animal á quien es capaz de ocultar la hoja mas pequeña del álamo? La razón, repetimos, es obvia: porque el hombre no tiene la propiedad que fue concedida al águila, como tampoco la que es envidia de todas las aves, la del ruiseñor:

Fatorum arbitrio partes sunt vobis data:
Tibi forme, vires aquilæ, lusciniæ melos,
Augurium corvo, leva cornici omina...

dice Fedro en una de sus sapientísimas fábulas, palabras que llevan á establecer que cada uno de los seres de la creación en particular, posee una propiedad que lo distingue y separa de los demás, de tal modo que nunca pueden confundirse.

Una cosa parecida sucede á los sordo-mudos; no hablan, porque les faltan dos cosas muy necesarias para poderlo hacer, que son: la facultad de articular y el oído.

Volvamos ahora á los que combaten estas ideas.

Dicen, pues, que los hombres, despues de haberse desarrollado de los gérmenes materiales que les dieron origen, vivieron arrojados como por la casualidad, sobre una tierra confusa y selvática, y que obedeciendo puramente á la ley de la necesidad, inventaron primero ciertos gritos convencionales, que fueron las interjecciones, y que de éstas se fueron elevando poco á poco á las demás partes del discurso.

Entre estos filósofos descuellan Condillac y Volney, los cuales representan al hombre como el *mutum et turpe pecus* de los antiguos, arrojado por casualidad, según dicho del último, á un país desierto é inculto, huérfano abandonado de la mano desconocida que le produjo, y descubriendo los primeros elementos de

la vida social, según el principio y procedimiento indicados por el poeta epicúreo:

Ergo si variei sensus animalia cogut,
Muta tamen quum sint, varias emitere voces,
Quanto mortaleis magis æquum est tum potuisse
Dissimileis aliá atque aliá res voce notare?

Este modo de considerar el origen del lenguaje ha sido y es repetido en nuestros días con bastante frecuencia; es el principio, por decirlo así, de la escuela de los estóicos.

Crear que el linaje humano tuvo un período mas ó menos largo de mutismo, valiéndose sólo para comunicar sus ideas, de los ademanes, los gritos y los gestos, es creer en una fábula, por mas que haya habido filósofos que lo sustenten, entre ellos Mr. Cousin, el cual dice que para convertir los signos naturales en verdaderos signos y constituir el lenguaje, basta con que repitamos deliberadamente, esto es, por un acto de la voluntad, los gritos, los gestos y los ademanes que antes hacíamos sólo por instinto. Esta repetición voluntaria, es, en su concepto, el convenio primitivo, sin el cual no es concebible ningún contrato ulterior entre los hombres.

La opinión del célebre fundador de la escuela ecléctica estriba en dos hechos psicológicos, cuya verdad está fuera de toda duda. En efecto, es cosa averiguada que los gritos, los gestos y los ademanes, fruto de los varios estados del ánimo, son signos que ponen á éste de manifiesto á los ojos de los demás; y lo es también, que la voluntad dirige en seguida esos mismos signos, que comenzaron por ser instintivos, valiéndose de ellos para espresar las ideas y los afectos del alma. De aquí el arte mimica y la acción del orador.

Pero dada como inconcusa la verdad de estas observaciones, no por eso deja de subsistir el problema en el mismo estado en que se hallaba. ¿Pues qué, y diremos con un filólogo moderno, de que los signos naturales puedan convertirse en artificiales por ministerio de la voluntad, se sigue de aquí acaso que este acto voluntario sea el eslabon intermedio que haya de unir los dos extremos de la cadena? ¿Qué pruebas existen para convencernos de que de esta manera se verificó el tránsito de uno á otro lenguaje?

Nosotros creemos con Humboldt, Remusat, Leibnitz y otros célebres etnógrafos y filólogos, que si en la cuna del género humano se hubiese hablado, ó mejor dicho, hubiera existido solamente el lenguaje natural, el lenguaje de los gritos y de los gestos, ese mismo lenguaje existiría hoy tan sólo, y sería el único con que espresaríamos, aunque muy pobremente, nuestros pensamientos.

Una prueba de ello, y poderosa, es la siguiente: vemos en el progreso de la sociedad que tanto las ciencias como las artes se van perfeccionando de día en día considerablemente, y sin embargo, ninguna nueva perfección notamos introducida en las lenguas, y ninguna de estas, desde que las conocemos, ha adquirido un nuevo elemento esencial. Las lenguas semíticas, aunque inmediatas á las otras en algunos siglos, no han inventado el tiempo presente, ni los tiempos y modos condicionales; tampoco han inventado ninguna nueva conjugación ó partícula para evitar al *van copulativo* la necesidad de espresar una relación cualquiera entre las partes de un discurso; sus alfabetos carecen de vocales, y ellos no han sabido, ó al menos no han querido dárselas. Por otra parte, los chinos, ¿cómo no han variado los principios fundamentales de su idioma, tan poco exacto y tan confuso aun para ellos mismos? Y si fijamos nuestra consideración en los toscos americanos que hablan el *maya* y el *betoy*, encontraremos en su lengua dos formas del verbo, una que indica el tiempo, y otra que espresa simplemente la relación entre el atributo y el sugeto. ¿Cómo aquellos hombres tan rudos pudieron inventar esta perfección tan lógica? ¿Por qué nosotros los europeos, tan engreídos con nuestra civilización, no la introducimos en nuestros idiomas? No, el hombre no introduce estos cambios tan radicales en su lengua; antes por el contrario, pone el mayor conato en conservarla intacta, si no en los accidentes, por lo menos en cuanto á su naturaleza.

Creemos haber demostrado la imposibilidad de que el hombre estuviese primero en el estado que pretenden algunos, y que pasase despues, por mero convenio ó por mera casualidad, á formar el lenguaje articulado. El hombre, dado caso que pudiera nacer y vivir solitario, no trasformaría en palabras semejantes á las que componen los idiomas que conocemos, los gritos naturales que forman la principal parte del lenguaje que creen algunos primitivo. Para hacer esta transformación háse menester el auxilio de los otros hombres, y como este auxilio supone la existencia de la sociedad, vendremos á concluir que si el lenguaje es invento humano y posterior á los días de la creación, la sociedad ha debido precederle: ¿mas cómo pudo existir ésta antes que los asociados se entendieran? La idea misma de asociación, ¿no supone necesariamente el acuerdo de los que se juntan para constituirarla?

Tal vez se diga que los signos naturales fueron los primeros vehículos, por decirlo así, del conocimiento, y que el lenguaje artificial se fue formando lenta-

VISTA GENERAL DE LEON.



mente repitiendo los gritos proferidos por instinto, y adaptándolos á significar los objetos, cuyas impresiones hubieron de ser causa de que saliesen de boca de los hombres; pero no consta en manera alguna que esto sucediese, y además, no es así como quiera la distancia que media entre los signos naturales y los artificiales, sino un abismo que vanamente pretenden colmar ciertos pensadores con sutilezas y con argumentos sacados de analogías casi siempre engañosas.

Los gritos que arrancan el temor, la alegría ó la admiración son signos naturales de cada uno de estos afectos; mas si se comparan con esos gritos los verbos *temer*, *alegrarse* y *admirar*; si se examina cada una de las inflexiones para espresar los accidentes de tiempo, de modo y de persona, conoceremos que no es tan llano, como pudiera discurrirse á primera vista, el tránsito de las interjecciones á los verbos, ó lo que es lo mismo, el tránsito de los gritos y de los gestos al lenguaje filosófico, atendidos su naturaleza y sus principios fundamentales.

Por lo que llevamos dicho, se comprenderá que los filósofos, al tratar la cuestión que nos ocupa, se han dividido en dos escuelas que podremos llamar *materialista* y *moralista*. La primera, que atribuye la invención del lenguaje al hombre, invención verificada muchos años después de la creación; y la segunda, que sostiene que el hombre habla porque Dios antes le habló á él, porque Dios articuló palabras para que el hombre las oyese y las aprendiese; en una palabra, que Dios le indicó el lenguaje que había de usar.

Una y otra escuela están muy distantes de la verdadera senda, según nos demuestra con su severa imparcialidad la lógica. Creer que el hombre no habló en mucho tiempo mas que con el lenguaje natural, y que el artificial ó articulado es invención posterior suya, debida sólo á un simple acto de su voluntad, ya hemos visto que es hasta absurdo, concedidas al primer hombre las mismas facultades intelectuales que vemos en los hombres de ahora, ya alienten bajo los rayos ardientes del sol de Africa, ya en los países nebulosos y fríos del Norte, ó ya bajo el espléndido cielo de las regiones del Mediodía.

Por otra parte, defender que el hombre, aun teniendo todas las facultades ya dichas, no hubiera hablado á no haberle enseñado á hablar el mismo Dios, es cosa que calificaríamos de herética, si no comprendiésemos la buena fé con que lo dicen quienes tal sustentan; porque á la verdad, esto de convertir al Omnipotente en una especie de pedagogo del hombre, parece que se opone á toda razón y lo rechaza toda idea mas ó menos desarrollada que se tenga de la Omnipotencia divina. Crió Dios el mundo todo de la nada, crió al hombre con un sólo acto de su voluntad, le crió á su imagen y semejanza, *ad imaginem et similitudinem suam*; y sin embargo, necesitó articular palabras junto á sus oídos para que las aprendiese y fuera formando su lenguaje! ¿Pues, por ventura, no le había dado ya, al crearle de la nada, una perfecta inteligencia alumbrada por los vivos resplandores de su divinidad?

Tal vez estas consideraciones, y concluiremos, en contraposición con la doctrina de los naturalistas, hicieron decir al gran Humboldt que la palabra es inherente al hombre, ó lo que es lo mismo, que la palabra es á las ideas lo que el alma es al cuerpo. Esto mismo, aunque con distintas espresiones, ha dicho también Bonald: el hombre, según este filósofo, *piensa su palabra antes de hablar su pensamiento*, ó lo que es lo mismo, *el hombre no puede hablar su pensamiento, sin pensar su palabra*. El que piensa tiene palabras en la mente, al modo que el que habla tiene pensamientos en los labios; así, el lenguaje es de tal modo necesario para el ejercicio de las facultades intelectuales, que si de él careciésemos, no tendríamos ideas. Despréndese de aquí que el hombre, luego que salió de las manos del Creador, empezó á hablar, primero consigo mismo, en su mente, y después, al encontrarse ante el otro ser

de su misma condicion y naturaleza, con palabras articuladas que la mujer comprendia sin esfuerzo alguno, porque era la mitad de él mismo. El lenguaje, pues, es una consecuencia inmediata de la inteligencia con que al Supremo Hacedor plugo dotar á la mas perfecta y mas querida de sus criaturas.

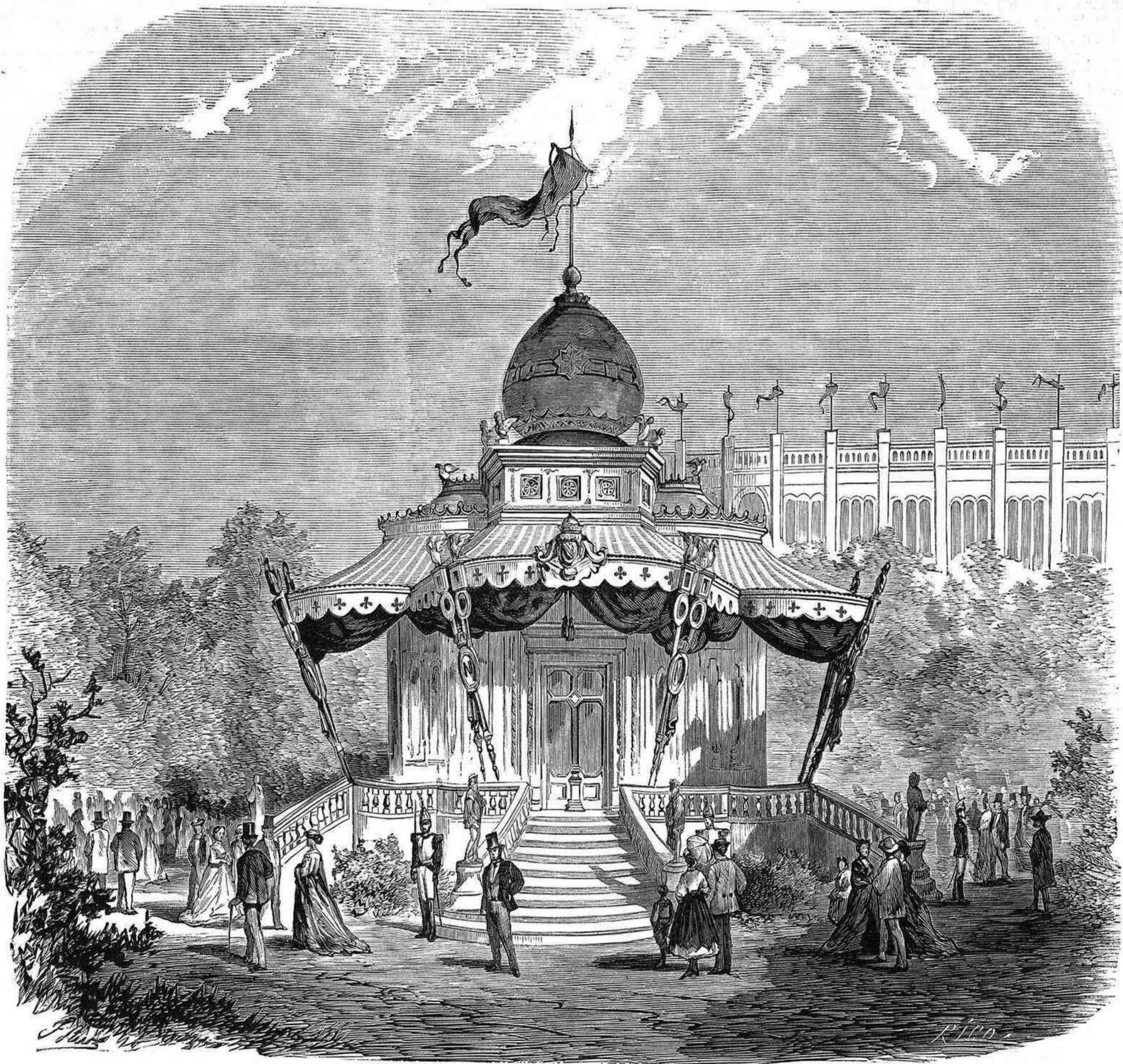
JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

PABELLON IMPERIAL.

El emperador de los franceses mandó construir un pabellon en el Parque del Campo de Marte, donde pudiera descansar cuando visitase la Esposicion, y con el fin al mismo tiempo de que los curiosos pudiesen formar una idea de algunas de las industrias de

nuestros vecinos en las preciosidades allí espuestas. El grabado que hoy publicamos de este pabellon, representa su exterior, acerca de cuyo gusto no estamos muy conformes con lo que de él se ha dicho. Respecto del interior, ya es otra cosa; no puede negarse que allí se ha agrupado en bello conjunto cuanto la imaginacion mas ambiciosa puede soñar en materia

ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.



EL PABELLON IMPERIAL.

de decorado de una mansion régia, viéndose soberbios tapices, muebles de riqueza y elegancia sumas, hermosas estatuas, vasos de porcelana, de cristal, de diferentes metales, y otros muchos objetos que admirarán á todo el que los contempla.

LEON.

La grande importancia que esta ciudad tuvo en otros tiempos, exigiria algunos volúmenes para dar una noticia de ella que correspondiese á su historia y á los muchos y bellos monumentos artísticos que en su recinto contiene. Pero no es tal nuestro propósito, ni la índole de este semanario reclama hoy otra cosa que hacer una sucinta reseña que dé una idea de lo principal y acompañe al adjunto grabado que representa su vista general.

En aquella nacion tan amante de su libertad, que no sólo miró como enemigo al pueblo romano cuando la vió por él amenazada, sino que se declaró en guerra contra los turmódigos y váceos sus vecinos, porque sufrían con resignacion el yugo de tan poderoso pueblo; en esta region, que no entregó su independencia sino en manos de M. Vespasiano Agrippa, yerno de Augusto, despues que este mismo, Cayo Antistio, Carisio y Cayo Furnio habian dirigido contra ella las armas romanas para redondear la conquista del mundo, consiguiéndolo cuando con la de esta region vino á enriquecer las arcas de Roma su abundante oro, tan ponderado por Marcial, Silio y Lucano; en esta region, sumamente rica y belicosa fundaron, pues, los romanos la ciudad á que pusieron el nombre de *Legio VII Gemina*, espresivo del origen de un pueblo que mas tarde habia de ser cabeza de un reino famoso. Los romanos llamaban legiones *geminas*, á las que se componian de dos cuando era preciso re-

fundirlas en una, por lo considerable de sus bajas en los combates; y siendo costumbre de Roma, no menos política que guerrera, premiar á sus veteranos con establecimientos en los mismos paises subyugados, despues de terminadas las campañas, consiguiendo asi afianzarlos en la obediencia de soldados de la *Legion Septima Gemina, Pia, Felix*, constituida en España por Augusto, para colocarla luego de guarnicion en Dalmacia, poblóse la ciudad que nos ocupa, tomando el nombre de la misma legion, de cuyo nombre *Legio Septima Gemina* ha quedado el actual Leon. Dicen algunos historiadores que su fundacion se verificó en tiempo de Trajano; otros, que en tiempo de Neron; pero lo mas razonable indica que este suceso ocurrió terminada definitivamente la guerra cantábrica por Agrippa, adquiriendo en épocas posteriores bastante celebridad, y señaladamente en los siglos bastantes. Cuando las naciones del Norte y Septentrion se apoderaron de este pais, los suevos establecieron

en ella su córte, quedando como cabeza del reino de su nombre (915), reinando Ordoño II, pues hasta entonces había llevado el de Oviedo y Asturias. Cuando se efectuó la invasión de los sarracenos, sitiaronla éstos viéndose obligada á capitular por hambre en 717; pero en 742 la reconquistó Alfonso el Católico; en 882 la fortificó Alfonso III, á cuya muerte sus tres hijos dividieron entre sí el reino, tocando á García la parte de Leon, de la cual se tituló rey. Los magnates, siguiendo la costumbre que habían importado en España los fieros conquistadores del Norte, eligieron á Ordoño, su hermano, para que le sucediese, con cuyo motivo se unieron las coronas de Leon y Galicia, agregándoseles la de Asturias, por efecto de la elección de Fruela, que hicieron también los magnates á la muerte de Ordoño.

En 1037, Fernando I de Castilla unió á su corona la de Leon, pero cometió la grave falta de repartir sus Estados entre sus cinco hijos, quienes, como era natural, se declararon émulos, siguiéndose de aquí una guerra desastrosa. Igual yerro cometió Alfonso el emperador, y las coronas de Leon y Castilla se separaron, hasta el tiempo de Fernando, hijo de Alfonso IX, volviendo á reunirse los dos reinos, despues de setenta y tres años de separacion y frecuentes luchas.

Las continuas revueltas de aquellos siglos azarosos, no sólo entre Estados enemigos, sino hasta entre los pueblos, los príncipes y los magnates de uno mismo, dejaron en Leon, como en otras muchas ciudades, funestas huellas de destruccion; así es, que en ella apenas se encuentra, de la dominacion romana especialmente, mas que polvo de ruinas y alguna que otra lápida ó medalla con escasísimas indicaciones que puedan servir de guia al erudito y al arqueólogo en sus investigaciones. Por lo demás, Leon, desde que su nombre principió á ser conocido, figuró como una de las comarcas españolas mas aguerridas, y ni siglos despues, ni en nuestros días durante la guerra de la Independencia desmereció en sus hijos el valor y la fidelidad heredados de sus mayores. Su escudo ostenta un leon rampante coronado, y figura en el de España.

Contará actualmente la ciudad unos 1,600 ó 2,000 vecinos, y se halla situada en medio de un terreno bajo y llano, en la confluencia de los rios Bernesga y Torio, rodeándola por todas partes deliciosos paseos. Tiene en varias de sus plazuelas magníficas fuentes de mármol que surten de agua al vecindario, y se hacen notar por su mérito, entre otros edificios, la casa de ayuntamiento, el palacio llamado de los Guzmanes (perteneciente, segun creemos, al señor duque de Frias), y el convento de San Marcos, célebre no menos por haber sido en Leon cabeza de la Orden militar de Caballeros de Santiago, así como Uclés lo era en Castilla, que por haber estado preso en él nuestro festivo é inmortal Quevedo, y por el raro mérito de algunas partes de su fábrica. Mencionaremos sus espaciosos patios, su célebre escalera, y la parte que se estiende desde la puerta principal hasta la iglesia, trozo de arquitectura llamada Media, que se distingue por la estremada belleza de su ejecucion en las medallas del zócalo y en las pilastras. Hay, asimismo, en la iglesia bastante que admirar, y quizá sobre todo la preciosa sillería del coro, la fachada de la derecha, y los bajo-relieves que se ven á los lados del arco que está sobre la puerta de la iglesia, representando la Crucifixion y el Descendimiento de Cristo; de los cuales el de la derecha se atribuye al artista Orozco.

La colegiata de San Isidoro, ó de San Isidro, segun comunmente se llama, es otro de los mejores edificios de Leon. Inmediato á su iglesia existe un claustro cuadrado, todo de sillería, que sirve para las procesiones, y en él está el panteon de los reyes é infantes de Leon. Hay sepultados en él veinte y un cuerpos de reyes y reinas é igual número próximamente de infantes é infantas, hallándose algunos en buen estado de conservacion.

Al terminar estos apuntes, citaremos siquiera, sin entrar en ningun detalle, pues nos alejaríamos de nuestro objeto, la catedral, este suntuoso templo, esta nunca bien ponderada basilica de la Asuncion, de carácter esencialmente gótico, que es en opinion de los inteligentes lo mejor, lo mas grandioso, lo mas delicadamente trabajado, en su línea, y al mismo tiempo lleno de robustez y firmeza que darse puede. Considerándola, dice un autor, por su magnitud, casi todas las catedrales la esceden; pero no hay ninguna en España que la iguale en elegancia, gentileza, claridad y bella proporcion; es asombrosa la construccion, y al par de su ligereza y elegancia admiran al ingenio meditador el sublime conocimiento de estática de su inventor y la facilidad con que por sus leyes aligeró los puntos de carga conduciendo los enormes pesos, grandes esfuerzos de sus arcos y bóvedas de sillería por medio de arcos, á los bien calculados botareles que los reciben, apoyan y aseguran sólidamente: es una máquina perfectamente organizada, cuyos miembros en armoniosa combinacion forman el cuerpo arquitectónico mas esbelto y magnífico; su fábrica es toda de piedra de sillería, y de tan extraordinaria delicadeza, que admira cómo se mantiene en pie tan íntegra y firme y no la arrebatara el viento.

EL GENERAL MARIANO ESCOBEDO.

COMANDANTE EN JEFE DE LAS TROPAS REPUBLICANAS DE MÉJICO.

Mariano Escobedo es natural del Estado de Leon. Sus servicios como voluntario en el ejército nacional, comenzaron á hacerse notables durante la guerra llamada de Reforma, sostenida por el partido liberal despues del golpe de estado del Presidente Comonfort y de la caída de la capital en poder de los generales Miramon y Osollo, en enero de 1858.

Esa guerra terminó favorablemente al gobierno constitucional que estuvo rigiendo el país en Veracruz. Entonces Escobedo servia en las filas de las fuerzas nacionales del Estado de Nueva Leon, mandadas sucesivamente por los generales Zuazua y Zaragoza, concurriendo á algunas de las funciones de armas de aquella guerra, singularmente á las de Silas y Calpulalpam.

Reocupada la capital por Juárez en enero de 1861, Escobedo, entonces coronel, fue destinado á hacer la campaña de la Sierra contra el general Tomas Mejía, hasta que con el rompimiento del tratado de la Soledad por los franceses á las órdenes del general Lorencey, comenzó, en abril de 1862, la guerra, cuyo último episodio ha sido el fusilamiento del emperador Maximiliano.

El coronel Escobedo sirvió en esa guerra á las órdenes del general Ignacio Zaragoza desde el primer encuentro con los imperiales en las «Cumbres de Acultzingo» el 28 de abril de aquel año, y en la memorable derrota de los franceses en Puebla el 5 de mayo del mismo. Durante el resto del año siguió en el ejército de Oriente y se halló en el asedio de Puebla por el general francés Forey, hasta que cayó prisionero de guerra con toda la guarnicion de la plaza el 17 de mayo de 1863.

El general vencedor dispuso la remision á Francia de todos los generales, jefes y oficiales prisioneros, luego que se negaron á suscribir la promesa de neutralidad mientras durase la guerra. A consecuencia de su negativa, mas de mil jefes y oficiales fueron encaminados á pié á Veracruz bajo una fuerte escolta, para ser embarcados á su destino. Por el camino, muchos de ellos lograron burlar la vigilancia de sus captores, y Escobedo fue uno de los afortunados, corriendo de nuevo á presentarse al gobierno establecido por entonces en San Luis de Potosí.

Juárez, deseando aprovechar los servicios de Escobedo, lo destinó á la division de Oriente, que mandaba á la sazón, en jefe, el general Porfirio Diaz, y con éste emprendió una marcha dilatada y difícil desde San Luis hasta Oaxaca. Así continuó hasta setiembre de 1864, en que obtuvo de su comandante permiso para dirigirse á la frontera del Norte.

A fines del mismo año estuvo de paso en Nueva-York, desde la cual se encaminó a Brownsville, en Tejas, por donde entró en el territorio mejicano. Tan luego como el gobierno de Juárez supo su arribo, le nombró gobernador de Nueva Leon y comandante del departamento militar del Norte. Entonces comenzó el general Escobedo la organizacion del ejército que mas tarde debia conducir desde Santa Gertrudis hasta Querétaro y la ciudad de Méjico.

El 16 de junio de 1866 ganó la batalla de Santa Gertrudis, que abrió á los republicanos las puertas de Matamoros. Poco despues ocupó las importantes plazas de Monterey y el Saltillo, y penetró en lo interior del país, ocupando á San Luis el 28 de diciembre de 1866 la division de su segundo el general G. Treviño.

A fines de enero de 1867 se dió la batalla decisiva de San Jacinto, en la que fue derrotado completamente el general Miramon que acababa de posesionarse de Zacatecas. Huyendo de las fuerzas vencedoras de Escobedo, logró reunirse con el general Severo Castillo, y replegarse á Querétaro, á donde ya se habían dirigido Maximiliano y Marquez, desde Méjico, y Mendez desde Michoacan junto con el resto de los imperiales arrojados de los Estados del Norte, del Sur y del centro por las tropas republicanas.

Entonces fue cuando el gobierno republicano puso al general Escobedo al frente de todas sus fuerzas y desde luego comenzó el sitio de Querétaro, cuya plaza se le ha entregado el 15 de mayo, cayendo en su poder, como es sabido, el emperador Maximiliano y sus sostenedores.

CANTARES.

Brilla en la altura un lucero,
y en el mi felicidad;
«ven» el lucero me dice,
pero... no puedo llegar.

Cual del sol el postrer rayo,
dulces son tus despedidas,
pues te vas ¡ara volver
mas amante al otro dia.

De tus ojos á los míos
se ven cruzar dos corrientes;
la de mis ojos... de fuego,
la de los tuyos... de nieve.

De las aguas donde vogas
huyo al verte, con temor,
porque eres nave que lleva
blindage... en el corazon.

¡Ay! niña de ojos azules,
azules como los cielos;
¡quién del color de tus ojos
tuviera sus pensamientos!

RICARDO MOLY DE BAÑ. S.

GLORIAS PASADAS.

Ya llegó el mes de las flores,
ya llegó el hermoso Mayo
y de los frescos capullos
brillantes rosas brotaron.

Ya se eleva de los bosques
rumor apacible y grato,
que une su alegre armonía
del ave al sencillo canto.

De mil nítidos colores
esméltanse ya los prados,
y mil aromas suaves
vierte el cefrillo blando...

Todo es placer y ventura,
y en tanto yo, solitario,
un triste ramo contemplo
de flores, ya marchitado.

¿Te acuerdas?... ¡Triste consuelo!
¿te acuerdas?... Aun no hace un año,
la mañana de San Juan,
me diste, niña, aquel ramo.

Entonces el ramo estaba
con tu aliento perfumado,
y al sentir tu aroma, en él
dejé caer dulce llanto.

Hoy que estás lejos de mí,
y que ya son viento vano
tus promesas, que otro dia
me hicieran feliz, soñando

Corro á ver las pobres flores,
por ver si el aura, en su halago,
las ha vuelto su fragancia...
mas ¡triste de mí! sólo hallo

Pétalos mustios y secos,
y yertos, débiles tallos...
porque las flores cortadas
no reverdecen en Mayo!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

EN UN ALBUM.

¿Qué te diré yo, Lola, en esta página?
¿Cantaré tu hermosura?
El brillo ensalzaré de tus cabellos?
Pero eso harto lo sabe el aura pura
que en ellos se embelesa,
y te los riza tanto, y te los besa.

¿Te diré que dos rayos en tus ojos
tienen gentil morada,
y que las sombras cesan de la noche
donde quiera que fijes tu mirada?
Eso, hasta allá en los cielos
lo sabe el astro aquel, y no sin celos.

¿A qué el carmin mentar de esa boquita
tan loquilla y graciosa?
No hay rosa que no envidie su frescura.
Si una á tu labio llevas ¡pobre rosa!
pálida por la pena,
parece más que rosa, una azucena!

¿Hablaré de tu voz, esa armonía
que nace en tu garganta?
Pero... toda aveçilla también sabe
que sólo al imitarla el valle encanta;
y cosa tan sabida,
¿á qué he de repetir, Lola querida?

¿Qué diré de tu andar? ¿Qué de tu talle
y tu pie? delicado
y asesino y voluble, segun cuentan,
cuando pisas con él ameno prado,
todas las florecillas
se tienden para verlo, ¡pobrecillas!

Pero tus gracias siendo tan notorias,
no sé para qué pruebo
algo tuyo ensalzar poco sabido.
¿Diré que eres cruel? ¡Tampoco es nuevo!

¡Y no quieras negarlo
á quien tuvo ocasion de averiguarlo!

Si todos saben, pues, tus gracias todas,
el cefirillo ledo,
astros, aves y flores y praderas;
todos, en fin, y todo, y yo no puedo
de tu beldad preciada
nada nuevo decir, no diré nada.

ENRIQUE FREXAS DE SABATER.

MIEL Y ACIBAR.

Cuando en pena sumido,
con ceño torvo y espresion severa,
vuelvo al oculto nido
donde mi bien me espera,
la dulce prenda mia
triste me mira, tímida sonríe,
y una lágrima dulce de ternura
baña en silencio su mejilla pura.
Yo le digo: «Alma mia,
si esa lágrima enjugo con mis labios,
la copa endulzaré de mis agravios.»

Mas si el placer liviano
mi llegada retarda,
y vuelvo alegre y con mi dicha ufano
donde mi bien me aguarda,
oculto el rostro bello
que es de candor tesoro,
en silencio derrama
amarguísimo lloro.
Mi corazón la ansía,
y le digo: «Alma mia,
tus penas y amarguras
enturbian mi alegría:
si en mí vengarte quieres,
con beber esas lágrimas tan puras,
la copa amargaré de mis placeres.»

JOSÉ ANTONIO PAZ.

COSTUMBRES DE MARRUECOS.

RECEPCION DIPLOMÁTICA EN LA CÓRTE IMPERIAL.—ME-
QUINEZ.—VISITA DEL EMPERADOR Á LA MEZQUITA.—
ADMINISTRACION DE JUSTICIA.

Pocas ó casi ninguna noticia hemos recogido del
lugar en que está la córte del emperador de Mar-
ruecos.

Decimos pocas, por no atrevernos á dar crédito á
las que nos facilitaron los moros.

Las que vamos á publicar son debidas á uno de los
diplomáticos franceses que acompañaron á Mequinez,
donde residía el último emperador difunto, á su jefe
el encargado de negocios extranjeros y cónsul general
en Tánger.

El día de la recepcion, el ministro del sultan, que
era un negro bastante feo, aunque de un entendi-
miento nada vulgar, fue en busca de los embajadores
franceses para conducirlos á la presencia del em-
perador.

Este les habia proporcionado un cómodo y elegante
alojamiento en una de las casas de la ciudad, dándo-
les una respetable guardia de honor de treinta de sus
soldados negros.

Como rarísimas veces se han visto europeos en
Mequinez, los uniformes de los franceses, lo mismo
que sus personas, llamaban la atencion extraordina-
riamente.

Las mujeres, sobre todo, curiosas por naturaleza,
no podían contenerse sin ver á los extranjeros.

En vano era que sus padres ó esposos les prohibie-
sen terminantemente este placer inocente, pues por
azoteas y celosías asomaban los rostros velados con
blancos jaiques.

Las judías se agolpaban á las angostas boca-calles
para mirar á los franceses, y parecia que se los que-
rian tragar con los ojos; tanta era la fijeza de sus pro-
vocativas miradas.

Poco antes de llegar al palacio del emperador, un
hermoso ramo de flores partiendo desde una alta azo-
tea, vino á caer en medio de los embajadores.

Uno de los franceses, con la galanteria que les es
tan peculiar, bajóse apresuradamente y cogió el ramo.

Era joven, y como tal, creyendo entrever alguna
aventura galante, se lo llevó á los labios con pron-
titud.

Los moros fruncieron las cejas, y la comitiva llegó
al palacio, sin que les hubiese sucedido nada de par-
ticular.

El sultan los estaba esperando ya.

Hallábase muellemente tendido sobre unos ricos
almohadones forrados de damasco amarillo, en una
estancia sumamente sencilla, y tenia á sus lados dos

esclavos negros que, con unos pañuelos de seda, es-
pantaban blandamente las moscas para que no se acer-
casen á la cabeza de su señor.

Frente al sultan, habia otras dos habitaciones, tam-
bien desnudas de adornos, y en la última de ellas fue
en donde se detuvo la embajada francesa.

El ministro del sultan y el intérprete, se descalza-
ron las babuchas para entrar en el salon del trono,
como diríamos hablando de un soberano de Europa.

Ante el sultan se inclinaron tan profundamente, que
sus labios tocaron la alfombra que habia en el suelo.

Adelantóse en seguida el embajador, y despues de
haber hecho una reverencia respetuosa, pero no tan
exagerada como la de los moros, transmitió la mision
de que iba encargado, por medio del intérprete, pre-
sentando al sultan los regalos de que era portador.

Examinólos éste con una curiosidad casi infantil, y
al ver entre ellos dos magníficas pistolas y una silla
inglesa para caballo primorosamente construida, sus
ojos brillaron llenos de júbilo.

El sultan de Marruecos no era ya joven, sin embar-
go tenia una constitucion muy robusta, y su rostro
bronceado presentaba algunos rasgos de bondad y de
inteligencia.

Por medio del intérprete, dijo á los embajadores que
era buen amigo del sultan de Francia, y los despidió
con una leve inclinacion de cabeza.

La audiencia estaba terminada.

Retiráronse los franceses despues de hacer un re-
verente saludo al emperador, y lo mismo hicieron el
ministro y el intérprete, andando para atrás, por no
dar la espalda al soberano.

Hasta de allí á cuatro dias no debían partir para
Tánger los embajadores, y este tiempo lo invirtieron
en visitar la ciudad.

Esta es bastante grande y hermosa, aun cuando sus
calles presentan un aspecto de suciedad, como aconte-
ce en todas las del imperio.

En todas partes penetraron menos en las mezquitas,
cuya entrada está prohibida á los cristianos.

La vispera del dia de su partida se hallaban en el
Zoco.

Por una calle que desemboca en él, vieron correr
apresuradamente á muchos moros, que se pegaban,
si podemos decirlo así, á las paredes, como para de-
jar sitio á alguna persona.

Y así era, en efecto.

El emperador iba á la mezquita, y sus vasallos, te-
miendo los golpes de los soldados de la guardia negra,
dejaban cuanto podían el paso libre.

Delante del sultan marchaba un moro descalzo y
lujosamente vestido, el cual lanzaba furibundas voces
de cuando en cuando.

Eran alabanzas del emperador.

Despues marchaban algunos soldados de su guar-
dia con los sables desenvainados y caminando á pie;
y, por último, venia el sultan montado en una pode-
rosa mula blanca como la nieve.

Seguíanle sus ministros y seis *cherifes* (nobles),
montados tambien en hermosas mulas, y cerraban la
marcha algunos soldados á caballo armados de espin-
gardas muy lujosas.

Un moro negro, un pobre sordo, que no habia
oido las alabanzas del sultan é ignoraba tambien que
éste se hallase tan cerca de él, permaneció en la mis-
ma postura que tenia; esto es, dando la espalda á su
señor.

Uno de los soldados de á pie enarboló su afilado sa-
ble al ver lo que todos creían un desacato, y el cor-
tante acero cayó silbando sobre el cuello de aquel
infeliz.

La cabeza casi quedó separada del cuerpo del negro,
el cual estendió los brazos y vino al suelo desplomado
é inerte.

Todos los moros inclinaron mas de lo que las te-
nían sus cabezas, y sus ojos no se apartaron ni un
instante del suelo para fijarse en el sultan.

Éste pasó tranquilamente por delante del cadáver
del pobre negro, fijando en sus siervos una mirada
entre apagada y estúpida.

¡Infeliz pueblo!

Su rey no consideraba que aquella sangre derramada
era la de un inocente, y nadie se atrevia á murmurar
de este acto de barbarie á que quizá estaban muy acos-
tumbrados.

El sultan contestó al saludo de los franceses son-
riéndose con benevolencia, y uno de los diplomáticos
observó que llevaba sobre su blanco ropaje algunas
manchas de sangre.

¿Qué tiene esto de extraño?

El negro habia sido muerto tan cerca de él, que
nada tendria de particular que su sangre hubiese sal-
picado sus vestidos: con mudarse otros y hacer que
lavasen aquellos, quedaba todo concluido.

—Quisieramos ver, decíame con mucho aplomo el
diplomático que me refirió este suceso, á muchos de
esos hombres que declaman contra la opresion y tira-
nia de los gobiernos de Europa, presenciando algu-
nos de los actos de inhumanidad y de injusticia que
se ejecutan á cada momento en Marruecos!

—¡Qué vengan (decía exaltándose por grados), que
vengan á estudiar el modo que tienen aquí de admi-

nistrar justicia, y despues estoy bien seguro de que no
dirán una palabra como no sea en alabanza de aque-
llo que tanto han censurado!

Si en esto tenia ó no razon el diplomático, lo dirán
nuestros lectores.

Antes de finalizar este capítulo vamos á decir, su-
puesto que acabamos de hablar de la administracion
de justicia en el imperio de Marruecos, una cosa que
ya habíamos echado en olvido.

Cuando hay en alguna de sus poblaciones un reo
que por sus delitos merece la muerte, el bajá no
cuenta entre sus atribuciones la de poder enviarlo al
otro mundo.

Para este fin, da parte al emperador, poniendo en
su conocimiento el nombre y clase del reo y el delito
que ha cometido.

Si el sultan le manda que lo haga matar, el bajá
vuelve de nuevo á consultar lo que debe hacer con el
delincuente, como si ninguna orden hubiese recibido
ya con respecto á él.

Esto se hace hasta tres veces, para ver si en el
tiempo que tardan en ir las preguntas y vuelven las
respuestas, le da la gana al emperador de perdonar
la vida al reo, conmutándole la pena en un encierro
perpétuo, privacion de alguno de los miembros de su
cuerpo, ó cosa por el estilo.

Ya comprenderán nuestros lectores que muy pocas
veces sucederá esto, y que al fin y al cabo el delin-
cuente morirá; sin embargo, es digna de alabanza
esta costumbre, quizá la única digna de elogio que se
halla en su modo de administrar justicia.

En otro capítulo nos ocuparemos de un suceso que
por su gravedad llenó de consternacion á Tánger, y
del cual se ocuparon hace algunos años los periódicos
franceses y españoles.

A. DE SAN MARTIN.

CUESTION DE LENGUAS.

Hallábanse reunidos á la mesa de cierta notabilidad
europea, varios personajes muy conocidos en París y
en el mundo por sus talentos y servicios al arte. Los
banqueros y los políticos no hacían falta tampoco en
el banquete.

Entre todos aquellos personajes habia dos que se
distinguían por el contraste que formaban. Un diplo-
mático alemán, que hablaba por los codos, y Leon
Gozlan, el espiritual escritor, que no pronunciaba
una palabra.

El diplomático se habia empeñado en elogiar su
idioma, y no perdonaba medio de defenderle. Toda
su conversacion se reducía á declarar que la lengua
alemana era la reina de los idiomas del mundo.

—¡Oh, señores! perdonadme que me entusiasme
de una manera que acaso os parezca exajerada,—de-
cia,—pero no puedo menos de defender el idioma mas
bello que han hablado, hablan y hablarán los morta-
les. No hay que dudarle, señores, no hay que dudar-
lo, la lengua alemana es la mas eufónica, la mas so-
nora, la mas espresiva, la mas elocuente! No vacilo
en creer que era la que debían de hablar Adam y Eva
en el Paraíso.

—Sí, dijo entonces Leon Gozlan; y por eso los
echaron.

EUSEBIO BLASCO.

UN AMOR Y UNA MARICA.

EPISODIO DE CAZA.

El día 25 de marzo de 1867, á las seis de la maña-
na, entraban dos hombres en un wagon del ferro-
carril del Mediterráneo. El mas joven, que represen-
taba como unos veinte años, iba armado como hu-
bieran ido nuestros padres á la conquista del Santo
Sepulcro, si la *saludable* invencion de la pólvora fue-
ra anterior á aquella época. Un revolver en el cinto,
una escopeta al hombro, un cuchillo de monte sobre
la cadera izquierda, y no sé cuántas bolsas, cuernos,
perdigoneras y polvorines, daban á su escuálida per-
sona un aspecto terriblemente amenazador.

Su compañero, embutido en un capote gigantesco,
oculto bajo un sombrero semikilométrico y zambullido
en una bufanda que parecia dos, era la persona de
mas volumen que recuerdan los siglos. Al sentarse,
ocupó dos asientos, y aun así no dejaba á los demás
moverse en el suyo.

En todo el viaje, nuestros individuos no pronuncia-
ron una sola palabra, ni hicieron un solo movimiento,
si bien el joven armado se permitía de cuando en
cuando retorcerse las puntas del bigote, hasta metér-
selas por las ventanillas de sus narices.

«¡La Roda!... ¡Quero!... ¡Alcázar de San Juan!
¡Quince minutos de parada y fonda!.. ¡Villarobledo!..

¡Záncara!...» Al oír este grito nuestros viajeros, se levantaron de un salto; el del sombrero monstruo estiró sus brazos, enderezó sus piernas y salió del wagon, mientras que su compañero, con sus armas á la funerals, le seguía pisándole los calcañares.

Ginetes en dos melancólicos burros, anduvieron por espacio de cuatro leguas, sin alterar un solo punto el silencio que desde Madrid habian mantenido; y así hubieran continuado por los siglos de los siglos, si una humilde casa enclavada en medio de la vereda no hubiera detenido á los burros, y por consecuencia á los ginetes.

Dos viejas, de edad casi inverosímil, los esperaban á la puerta.

Apearonse de sus cabalgaduras, entraron y se sentaron al amor de la lumbre. A los diez minutos, Rudaguas padre roncaba, y Rudaguas hijo se retorcia las puntas del bigote, mirando atentamente los desiguales giros de las llamas del hogar. En aquella figura escuálida rematada por una cabeza en que todo se dibujaba en punta, habia algo extraño; unos ojos azules, del azul mas claro, una nariz en todo semejante á la punta de un sorbete, una boca inmensa, sostenida por dos hileras de dientes tambien inmensos, una barba concluida como la perilla de Mefistófeles, eran cosas todas capaces de despertar la pasion mas incendiaria en una mujer caprichosa.

Al cabo de media hora de ejercicios bigotescos, se levantó y esperezó sus miembros, cogió sus armas, abrió la puerta, y la luz del poniente sol iluminó su acentuado rostro. Habia decidido comenzar desde aquel instante sus hazañas venatorias, matando algun conejo ó cosa que lo pareciese. Anduvo un buen trecho por el monte, hasta que topando con unas bocas, pues tales le parecieron dos boquetes trabajados por las aguas llovedizas, se sentó junto á ellas sobre un mal pulido peñasco, y esperó con la mano pronta y la escopeta lista, á que el capricho de un conejo le deparase ocasion de lucir su puntería, que no era mucha.

II.

Ya el sol se habia hundido por el escotillon de Poniente, dando lugar á que la oscura noche se apoderase de la abandonada atmósfera, y aun el jóven Rudaguas no habia tenido ocasion de desahogar su ferocidad en ningun conejo inofensivo. Clavábanse en sus doloridas posaderas los innumerables picos de su duro asiento, hormigueábale la sangre por brazos y piernas, y creia que todos los parásitos de la creacion, vivaqueaban en su cuerpo, cuando al detener su penetrante mirada en el tronco de un copudo alcornoque, vio destacarse una figura que tan pronto le parecia un hombre como un monstruo.

Bendijo la casualidad que le proporcionaba motivo razonable para abandonar su malhadado asiento, y se dirigió con paso decidido hácia el bulto del alcornoque. Acercóse, y á la ténue claridad del crepúsculo, vió una cara pálida rodeada de una cabellera negra que se derramaba en bucles sobre un cuerpo esbelto. Era una mujer vestida de hombre, pero una de esas mujeres que Dios arrojó al mundo para dar al hombre una idea de su gloria.

Rudaguas hubiera permanecido por mucho tiempo inmóvil y atónito, si con voz melodiosa y acordada como la música de los conciertos de Barbieri, no le hubiese preguntado la hermosa:

—¿Quién eres?

Rudaguas no respondió, porque comprendia perfectamente que decir su nombre despues de aquella pregunta, era como leer una novela de mala muerte, despues de una novela de Balzac. Hubiera dado todos los conejos que esperaba matar, por llamarse Rodolfo y no Rudaguas.

La jóven no se impacientó por el silencio de nuestro héroe; antes al contrario, con una sonrisa celestial le dijo pausadamente:

—Te esperaba, ven conmigo y serás mi compañero, pasaremos juntos, viviremos juntos y moriremos juntos, como las olas que se encuentran en el mar ruedan unidas sobre los abismos y mueren abrazadas arrojando su espuma sobre la estéril playa.



EL GENERAL ESCOBEDO, COMANDANTE EN JEFE DE LAS TROPAS REPUBLICANAS DE MÉJICO.

Rudaguas se tentó la ropa para asegurarse de que estaba vivo, y miró á su interlocutora de una manera estúpida. Era la primera vez de su vida que oía palabras como sus palabras y sueños como sus sueños. Habló por fin y se entendieron. La jóven le dijo que se llamaba Laura; que habia huido del mundo y encerrádose en una quinta rodeada de bosques; retiro seguro en que no penetraba el materialismo y la vulgaridad de la sociedad moderna.

Su conversacion fue muy larga. La luz de la luna, el aliento embalsamado de la selva, el misterioso ruido de los campos, y la predisposicion romántica de sus espíritus, los condujeron á las mas elevadas regiones de la metafísica y de la estética. Nada turbaba el idealismo de su coloquio, cuando una voz estentórea retumbó, no muy lejos, diciendo: ¡Rufo!

Rudaguas se sintió revolotear por el espacio. Aquella voz le hacia caer desde la cúspide de la poesía al abismo de la realidad. Acordóse entonces de la hora avanzada y de su padre, que le buscaba, tal vez enfurecido; y como oía la terrible voz cada vez mas cerca, dió un apretón de manos á la hermosa Laura, y se despidió de ella, no sin hacerla antes las mas cariñosas protestas de amor inquebrantable hasta la muerte.

A los pocos pasos vió á su padre que avanzaba terrible como la estatua del comendador, y en ademán de cometer un Rudaguasicidio. Comprendió que debia ponerse á la capa, y lo hizo así, aguardando el chubasco con una filosofía digna de su grandeza de alma.

Efectivamente; Rudaguas padre, que bramaba de cólera, le obsequió con un discurso, cuya primera palabra era bribon, y la última bandido. Dijole que en vista del poco celo en que estaban las perdices, y del ninguno que su hijo mostraba por complacerle, habia decidido regresar á Madrid al dia siguiente, que ya era aquel en que estaban, pues el reloj de las estrellas apuntaba ya muy cerca de las tres.

El desgraciado Rufo sintió que un escuadron de sollozos trotaba en su garganta. ¡Adios Laura y adios felicidad! ¡Huir de la única mujer que le habia comprendido! ¡De la única, tal vez, que tenia la suficiente elevacion de ideas para comprender la elevacion de las suyas! ¡Destino impío!

III.

Eran las cuatro de la madrugada. Rudaguas padre, echado sobre un poyo del hogar, roncaba furiosamente, mientras que Rudaguas hijo, sentado sobre una cesta, se tiraba de las puntas del bigote, hasta pegar á su barba los extremos de su boca. Las viejas pensaban, sin duda, en Riego, su contemporáneo.

Rudaguas el pequeño las sacó de su éxtasis.

—¿Saben ustedes, las dijo, quién es una jóven que he visto esta tarde en el monte?

—Pue que fuera la hija del sacristan de Villarobledo, respondió la menos vieja.

—Pue! añadió la mas vieja.

—Una, vestida de hombre, exclamó Rudaguas.

—¡Ah! esa es la loca, dijo una de las dos viejas.

—La loca, añadió la otra.

—¿Loca? vociferó Rudaguas, poniéndose de pie de un salto.

—Sí, señor, la hija del tio Diego, el amo del Espinar, que como es la única que lee y escribe y sabe de cuentas en toda la comarca, su padre la hacia trabajar y llevar las cuentas de su casa; y todos estos embrollos, con unos amoríos que tuvo con un telegrafista de Ciudad-Real, la calentaron los cascos y la trastornaron el seso, hasta el punto de obligar á su padre á vestirla de hombre para que no pudiera hacer habilidades con sus sayas delante de los mozoletos; y así vive hace un año en estos montes, durmiendo las mas de las noches debajo de los chaparros y divirtiéndose á los pastores con sus barbaridades.

Rudaguas cayó de golpe sobre una silla.

—¡Jesus! exclamaron á duo las dos viejas.

El desesperado jóven habia despachurrado al sentarse una marica, que con sus travesuras formaba la delicia de las dos viejas.

Sus gritos y sus lágrimas despertaron á Rudaguas padre, que se levantó maldiciendo á todas las maricas que ha habido

en el mundo desde Adán hasta nuestros dias, y ordenando á su hijo que se preparara inmediatamente para ponerse en marcha, pues ya era hora.

Rudaguas hijo cogió sus armas, colgó melancólicamente la aplastada marica de su bandolera, é imitó á su padre que, zambullido, embutido y empotrado en las diferentes piezas de su traje, montaba en su asno.

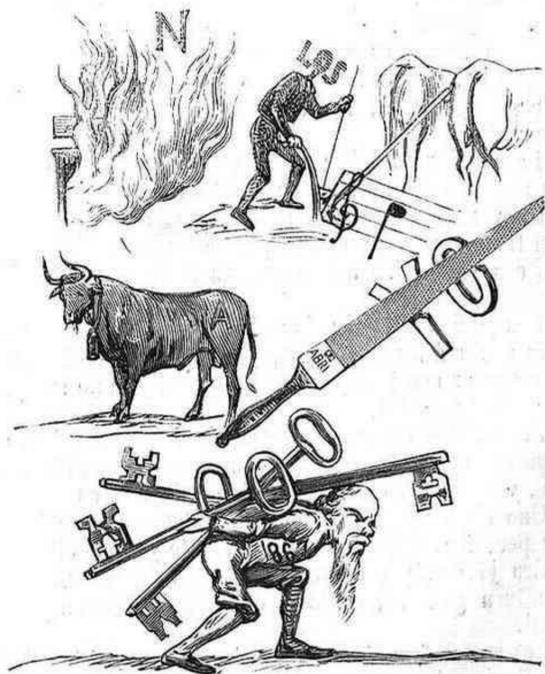
Así, pues, nuestro jóven protagonista volvió á Madrid con un amor en el pecho y una marica en la percha, marica que habia conquistado, no con la fuerza de sus armas, sino con la fuerza de sus posaderas.

RAMON CROOKE.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

El reloj hace compañía al enfermo desvelado.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS.
IMPRESA DE GASPAS Y ROIG EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.